



DISCURSO DEL PREMIO CASTILLA Y LEÓN DE LAS LETRAS JUAN ANTONIO GONZÁLEZ IGLESIAS

Valladolid, 18 de junio de 2025

DEFENSA DEL MODO DE VIDA POÉTICO

Excelentísimo Señor Presidente de la Junta de Castilla y León;
Excelentísimos: Señor Consejero de Cultura, Turismo y Deporte y
Señoras y Señores Consejeros de la Junta; Autoridades, Señoras y
Señores:

Todo gran premio –y éste lo es– constituye un gran honor. Aristóteles, de modo ligeramente enigmático, afirma que el honor es un bien común, relacionándolo directamente con la comunidad, concepto griego que seguimos aplicando a la nuestra. Solo le faltó al filósofo mencionar la palabra comuneros para haber sido absolutamente premonitorio.

Claro que podemos preguntarnos: ¿qué tienen en común una ingeniera especializada en robótica y una valiente luchadora, un entrenador y una artista, los titulares de una ganadería, dos astronautas y un poeta? Ante todo, comparten el ser miembros de la misma comunidad que políticamente calificamos como Autonomía y bellamente –es decir, poéticamente, aunque a diario no nos demos cuenta– llamamos Castilla y León.

Compartimos, además, la gratitud por el premio. Gracias, pues, a la Junta, a su Consejería de Cultura y a los miembros de los jurados. Gracias muy especiales a las personas que presentaron nuestras candidaturas y a las que se sumaron a ellas. Y gracias a todos quienes nos han felicitado durante estas semanas, rodeándonos de cordialidad, que es una de las formas del amor. Gracias también a todos ustedes que nos acompañan hoy.

Hay otra comunidad formada por quienes nos precedieron en los premios y por quienes vendrán. En el caso del de las Letras, la deslumbrante nómina inaugurada por Miguel Delibes confirma cada



año que Castilla y León es una potencia poética y literaria. El último premiado, Fernando Arrabal, es uno de los grandes de nuestras letras y uno de sus mayores discípulos, lo que siempre es un valor añadido. Entre los galardonados se encuentra también mi paisana –y alumna de mi facultad– Carmen Martín Gaité, cuyo centenario celebramos este año, otorgándole ya la investidura de clásica. Quien visite su legado, acogido felizmente en el Centro Internacional del Español, enfrente de su casa, podrá entender su peculiar rebeldía sin estridencia porque está enraizada, según sus propias palabras, en “el sosiego de la provincia”. Es posible que esa síntesis de rebeldía y sosiego forme parte de nuestro temperamento.

Les hablo, como ven, desde una lógica poética, que es un modo de pensar muy descuidado en nuestra época tan prosaica. Tengamos en cuenta que vivir poéticamente no es algo reservado a los poetas.

La gran aportación de Roma al mundo consistió en llamar humanidad a la cultura. Por eso Virgilio dotó a su héroe de empatía, compasión y gentileza. Unos años antes, Cicerón, en su ejercicio como abogado, había defendido a un poeta griego acusado de no tener la ciudadanía. Pronunció entonces una apología de las humanidades que hago mía ahora. Si renunciamos a la poesía, a la filosofía o a la historia, nos volveremos menos humanos, como ya está pasando. Corresponde, por tanto, a nuestro modo de vida europeo mantener el modo poético de estar en el mundo. Es uno de nuestros rasgos diferenciales.

Decir ‘poeta griego’ es casi una redundancia, porque ‘poesía’ es palabra helénica. Aunque significa literalmente “creación”, casi prefiero traducirla por “creatividad”, pues lo poético informa toda la actividad humana, incluso la divina: el credo de Nicea denomina a Dios “poeta” del cielo y de la tierra. Y, como romanos que somos, defendamos la utilidad de la poesía, que debería tener más presencia en la educación. ¿Es verdad que nos hace más humanos? Sí. Porque serena a los furiosos, como dice Horacio. Porque nos dirige a la perfección en todos los órdenes, no solo en el lenguaje, como recordó horacianamente Mario Vargas Llosa. Porque nos permite vislumbrar la unidad armoniosa que tuvo el conocimiento y que de algún modo se refleja en esta fiesta única para galardones tan diversos. Y porque



es el único lenguaje que se anticipa a las cosas, como verán ustedes en todo lo que voy a decir.

Por aunar lo bello con lo útil, la poesía trata todos los temas, también el deporte. En el siglo VI antes de Cristo, el griego Píndaro, retrata en una oda olímpica a un entrenador en términos perfectos para el soriano Enrique Pascual Oliva: “Maestro acostumbrado a la victoria”. El romano Lucrecio, contemporáneo de Julio César, en su grandioso poema científico, que va del cosmos a los átomos, tiene palabras para honrar a los “divinos inventores de las cosas”, entre los que podríamos situar a la ingeniera Elena García Armada. En el siglo XX, los Poemas del toro de Rafael Morales cantan “el encinar rotundo” y, en él, al animal mitológico: “En su piel poderosa se serena / su tormentosa fuerza enamorada” ¿Acaso no nos permite eso divisar desde aquí la ganadería de El Raso de Portillo? Mientras escuchamos los versos de Jorge Guillén: “Orden extraordinario de los astros / Y de los astronautas, celestiales...”, ¿no imaginamos a los leoneses Pablo Álvarez Fernández y Sara García Alonso?

Desde el reverso de la moneda, Quevedo interpeló a los castellanos: “¿No ha de haber un espíritu valiente?” Un cuestionamiento que no queda lejos de la expresión artística de Dora García. Porque la poesía no está solo en la literatura. Circula en el arte contemporáneo, en la música, en los audiovisuales, en el periodismo... Y en la ética. Juan Gil-Albert formuló esta admirable declaración, que bien podría suscribir hoy la joven María Caamaño Núñez: “Quiero creer, creer en lo que quiero/...Creer en esta luz de mi conciencia.”

La visión poética nos enriquece con el pensamiento simbólico. Nos descansa, porque hace que las palabras vuelvan a ser las cosas, con una fresca transparencia, como sucede en el hermoso nombre de nuestra comunidad. Hay una imagen que –literalmente– me encantó cuando era estudiante, y de la que no había hablado durante décadas, porque no encontraba el público adecuado. Hasta hoy, porque ustedes son, en todos los sentidos, el auditorio perfecto. Se trata de un manuscrito flamenco del siglo XV, el Gran Armorial del Toisón de Oro. En él los soberanos europeos y sus caballos se muestran ataviados fantásticamente con sus emblemas heráldicos.



El rey de Castilla y León porta sobre el yelmo la corona y, sobre la corona, un pequeño castillo del que a su vez surge un diminuto león. Más arriba, la minúscula corona del león vuelve a parecerse al castillo... Esa equilibrada belleza lanza una mirada poética a Castilla y León desde el corazón de Europa, en pleno Renacimiento. Ese juego con nuestros símbolos, en un ascenso vertical y en 3D, que vislumbra el infinito, seguro que habría encantado a Borges, que escribió: “Dios mueve al jugador y este a la pieza/ ¿Qué Dios, detrás de Dios, la trama empieza?”

Del mismo siglo XV es otro castellano y leonés fundamental para la poesía universal. Lo fue por su mecenazgo, designación que procede de Mecenas, el “consejero de cultura” de Augusto, sin cuyo impulso no tendríamos ni el Carpe diem ni toda la gran poesía que lo envuelve. Pues bien, el gran mecenas castellano y leonés está muy olvidado entre nosotros porque lo esencial lo llevó a cabo fuera de aquí. Es Alfonso el Magnánimo, rey de Aragón, de Valencia, de Mallorca, de Sicilia, conde de Barcelona y, sobre todo, rey de Nápoles, donde sobresalió durante dos décadas por su promoción del humanismo, en el que se incluían conjuntamente las letras, las artes y las ciencias.

Es uno de los grandes del Renacimiento italiano, a la altura de Lorenzo el Magnífico. Pero nació y se educó casi a tiro de piedra del lugar en el que estamos, en Medina del Campo. Aquí se formó con excelentes profesores y poetas, como su tío Enrique de Villena. El Magnánimo fue castellano y leonés para siempre, hijo de un infante de Castilla y de León. Recordemos que infante quiere decir “niño”, “hijo”, de los dos reinos. Durante su largo y fecundo gobierno en Nápoles, se preció de hablar nuestra lengua. “Parla spagnuolo”, anota uno de sus cronistas italianos. Quienes aman el progreso tienen en él a uno de los que promueven la modernidad. Quienes prefieren la tradición, deben ver en él un ejemplo de que sin el mecenazgo, privado o público, no tendríamos lo mejor de nuestro pasado. En un reciente libro sobre Nápoles, que expresa el deseo de ser “Nuevo en la ciudad nueva”, he reflexionado sobre la magnanimidad: “¿Quién gobierna así su vida?/Algo así quiero para el día a día, / desprendimiento, generosidad, /benevolencia...” Son



virtudes necesarias para “nuestra greñuda y enfurecida España del momento”, por decirlo con las palabras de Álvaro Pombo, al que los Reyes entregaron el Premio Cervantes el pasado 23 de abril.

Renacentista es también la portada de la Universidad de Salamanca, que he celebrado en otro libro bajo el rótulo de Universales. Eso es lo que intentamos ser los universitarios. No es raro convertir la arquitectura en poesía, porque antes la fachada había traducido a piedra la literatura clásica. Uno de los allí retratados es el emperador Marco Aurelio, tan de moda entre los jóvenes, ahora que ha retornado el estoicismo. El príncipe-filósofo agradece desde la madurez lo que aprendió de su padre, de su madre y de su profesor: “a no alentar / las divisiones entre ciudadanos, / a soportar molestias, a que sean / pocas las cosas de las que dependo, / a hacer yo mi trabajo, a preocuparme / de mis propios asuntos, y a no dar / oídos a denuncias y calumnias».

Permítanme que, buscando el sosiego del que hablábamos al principio, demos un breve paseo desde la Universidad hasta el río Tormes, uno de los más literarios del mundo, en cuya ribera vivo. La poesía me ha permitido llamarlo como lo llamó don Miguel de Unamuno: Tormes mío. Curiosamente, lo veremos desde la perspectiva de un astronauta, como lo verán algún día nuestros amigos premiados: “vas recortando un arco de frescura / en la corteza del planeta, curva / que pertenece al cosmos, Tormes mío, / ¿desde qué punto del espacio puede / verse tu alfanje azul que escinde el cielo / en la ventana abierta? Estoy tranquilo / al verte. Ojalá sea como tú / todo lo que me espera.”

Con la serenidad del agua que fluye –y conjugando palabras de dos grandes a los que admiro, Marguerite Yourcenar y Leonard Cohen— les doy las gracias por su atención, señoras y señores.